

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 750
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO



DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 39.

Sevilla.—Sábado 16 de Febrero de 1901

AÑO XXV.

Nuestro proceso ante la opinión.

Por nuestra propia dignidad, por el amor que profesamos a la Justicia, por el honor del Tribunal del pueblo que debía juzgarnos, y por respeto al otro Tribunal de Derecho, defensor del Código, nos impusimos meditado silencio desde el día en que D. Manuel Delgado Muñoz, con desusada humanidad, formuló contra nuestra honra una acusación de deshonor, que, a modo de asqueroso pingajo, ha flotado perseverante, durante quince meses, a los vientos de la pública opinión, agitada con alevoso ensañamiento por nuestros enemigos declarados y encubiertos.

El rayo luminoso de la Justicia, rompiendo las tinieblas de la maldad humana, apareció anteayer en la Sala Tercera de lo Criminal de esta excelentísima Audiencia, haciendo lucir la verdad en toda su desnudez, obligando, con sus deslumbradores destellos, a nuestros propios acusadores, a retractarse de los injustos cargos que contra nosotros formularon, inducidos por perturbación mental, por inculca ignorancia ó por un rencor injustificado.

Teníamos previsto el caso. La serenidad de nuestra conciencia, junto con los relevantes talentos de nuestro abogado defensor, el eminente jurisperito D. Joaquín Campos Palacios, a quien nunca agradeceremos bastante su interés por servirnos, garantizaban el triunfo de nuestra inocencia contra la perversidad de nuestros enemigos.

Y sucedió lo que debía suceder: que aquellos mismos que durante quince meses tuvieron nuestro honor en entredicho, mordiendo—que no arruinando—nuestra honrada hacienda y nuestro bien cimentado crédito, acusándonos de estafadores y falsarios—¡a nosotros, que llevamos nuestra frente alzada a la altura que la que más lo esté!—solicitando la imposición de penas rigurosas; aquellos mismos que trataron de privarnos de la libertad para secuestrar nuestras personas a la sociedad honrada, sin parar mientes en el estigma abrumador con que pretendían mancharnos; los mismos que, teniendo hijos a quienes adular, se olvidaban, con injustificadas malquerencias, del amor que sentíamos por los propios, y pretendían que les legáramos un nombre infamado; los mismos erigidos en acusadores, ante la prueba robusta y convincente de nuestra inculpabilidad en los hechos causantes del proceso puesto al debate, tuvieron que mordeerse la lengua y callar avergonzados, y retirar sus acusaciones para proclamar a la clara luz meridiana que estábamos exentos de pecado.

De la Sala Tercera de lo Criminal de esta excelentísima Audiencia hemos salido tan honrados como entramos; pero, ¡a costa de cuántos dolores y sacrificios que no han de tener la reparación debida!

Y preguntamos: ¿Qué justicia es esta que permite a sus sacerdotes ejercer una solidaridad, a todas luces manifiesta, con los picapleitos que viven explotando el honor ajeno a cuenta de minutos, sin responsabilidades, como ensadoras de los males causados por ignorancia, ó por mala fé y siempre con detestable maldad?

¿Qué justicia es esta ante la que una honrada vida de trabajos nada implica ni nada pesa frente a las argucias del primer leguleyo en lo incapaz y el último en acariciar un pensamiento levantado?

¿No sabe esa Justicia que la toga, en quien sabe honrarla, es símbolo de respeto, así como para quien la deshonor se convierte en hoga, símbolo del escarnio?

¡Ah, sí lo sabe! Pero, desgraciadamente, nuestros Tribunales, como todos los organismos de nuestra Nación, están maniatados para ejercer sus funciones saludables con entera independencia... Se les amenaza con el poder central, se les conmina con el traslado, se les acobarda con la postergación, y lo que debiera ser en todo momento águila caudal, remontada sobre las nubes de las pasiones, se convierte a veces en un ciego murciélago que rastrea el fango, en esclavo

servil que besa humilde la mano del señor.

No nos coge de susto, ni en ello ponemos si quiera un átomo de indignación; porque, hombres de lucha, conocedores de lo que obligan las altas conveniencias de compadrazgos curialescos, políticos y criminales, de esa criminalidad que se agita en las sombras, movida por las influencias, para tapar sus propias desventuras ó sus propios crímenes, derramando el oro entre la hampa que vive del insulto que se le ajusta, de la campaña que se le contrata, del papel que se le costea, de la indignidad que se le exige y del elogio que se le paga... Conocedores, íbamos diciendo, de todos esos resortes maquiavélicos, por lo mismo que a cuenta de amistades que estimábamos valiosas por lo sinceras—que no por su potencia en el Haber de los libros de Monipodio—caímos también en el lazo de pasar por suizos sin uniformes, sin sueldo y sin ventajas, pero pechando, cara al sol, contra los embates, a beneficio de quien nos estimaba como resorte mañoso en sus perfidias, en tanto le descubrimos el juego de sus burdas artimañas de diplomático rural...

Conocedores de todo esto—que en esta hora de amargas verdades declaramos—no habíamos de dolernos una vez más.

La carrera periodística tiene enseñanzas tristes y halagadoras.

Esta que apuntamos hoy—y por la que hemos sufrido los mayores desasosiegos, por lo mismo que en ella se resume toda una larga lucha—es de las primeras.

¡Quién sabe si esto mismo, en el día de mañana, nos traerá la mejor de las satisfacciones en medio de nuestra pobreza y pequeñez!

Adelante.
Nuestro delito no ha sido el de falsedad y estafa.

Por muchas que sean las argucias curialescas de los rabulistas desalmados, nunca serán bastantes para distanciar a la opinión sensata del conocimiento verdadero, de la causa principal y esencialísima que nos ha hecho comparecer en el banquillo de los acusados para que se nos diga después:—Marchad; sois inocente.

Todo el mundo lo pregona. EL BALUARTE no fué nunca cronista lisonjero de la prostitución social, y por ello, en la persona de su director y propietario, se ha intentado denigrarle. Al querer deshonor su buen nombre se intentaba matar a EL BALUARTE. Los necios aduladores de todos los Segismundos, que llevan siempre en sus carátulas de farsante la sonrisa encubridora de las vilezas del alma; las inmundas dignidades tonsuradas, que, después de robar los tesoros de la Iglesia para el propio beneficio, arruinan a nuestra patria; los sacerdotes que acaparan el oro como Gestas, en mengua de una religión todo amor, que fingen reverenciar; los comerciantes agiotistas, enriquecidos por las felonías que realizaron sus padres burlando las severidades de la Ley; los políticos de ocasión, lacayos de la conveniencia y del negocio; los empleados que cohechan y los concupiscentes administradores del pueblo, usaron contra nosotros todos los medios que les sugirió su impotente rabia. La calumnia, la versión falaz, el rumor ofensivo, el chisme de vecindad, la cábala indigna, la emboscada del bandolero, todo, todo lo usaron en nuestro daño: hasta el mentido halago de santa amistad brindado con la mayor arteria.

Pues bien; todo ello ha sido espuma de jabón, todo ello ha quedado inscripto ante el Tribunal de Justicia con las siguientes frases:—Nos equivocamos; sois inocente.

Es lo que pretendíamos, y con ello nos damos por satisfechos.

En nada nos teníamos, y en nada nos tenemos.

A la opinión pública, a la consideración de nuestros lectores, debíamos esta satisfacción, y se la damos.

Y aun cuando por nuestro modesto hogar han pasado todas aquellas personas a quienes de veras amamos y nos aman, y casi juzgamos inútil esta explicación, como todo obrero de la Prensa tiene su historia en la corriente, porque en ella recoge la historia de los demás, a la corriente echamos la nuestra para que la juzguen los hombres honrados, ó para que la muerdan los Mefistófeles de baratillo.

El mismo que fuimos, somos.

O, más claro y personal:

El mismo que era, es y será.

JUAN PÉREZ GIRONÉS.

Murmuraciones

Madrid se halla en estado de guerra.

Valencia en estado de guerra.

Barcelona en estado de guerra.

Media España de la media que nos han dejado se encuentra en la misma situación.

Y todo, ¿por qué?

Por garantizar la vida de las asociaciones monásticas que están fuera de la ley.

Es decir: aquí se le encarga, a los que tienen la obligación de hacer respetar las leyes en toda su integridad, que falten a ella de orden superior.

Afortunadamente para los jesuitas y los frailes, no se gastó toda la pólvora española en Cuba y en Filipinas.

Quedó bastante cantidad para defenderlos a ellos en la Península.

Nos damos la enhorabuena nosotros mismos.

Sevilla la sultana—que dicen los poetas—la que se mira retratada en las claras ondas del Guadalquivir—que ni tiene ondas, ni, aunque las tuviera, serían claras—Sevilla la de Checa, Sevilla la de Muñiz, Sevilla la de Robles, el jefe de policía que, según sus propias palabras, le da un tiro a Dios—¡que ya es necesario puntería!—Sevilla la del señor Marqués de Esquivel, que da una carra de toros en el Hospital provincial y se queda tan fresco y tan católico; Sevilla ha permanecido, y permanece, tranquila y en su estado ordinario.

Pasadas las algatadas de los cristaleros, recogidos los trapos que, a manera de banderas, llevaban los chiquillos en su excursión callejera, todo ha vuelto a su ser, y para nada necesitamos de un Weyler que nos ponga mordaza.

Todo ha quedado reducido a un susto para los jesuitas, y a un acuartelamiento de frailes.

El susto de los jesuitas fué de mayor entidad, puesto que ya procuraban poner pies en polvorosa.

Y... vaya una noticia, que tampoco la han sabido los reporters.

El día de la bronca, dichos jesuitas no durmieron en su convento ó en su guarida, sino que se trasladaron por parejitas a uno de los barcos que estaban anclados en nuestro puerto, y allí pasaron la noche durmiendo, no sé si uno a uno, ó dos a dos.

—¿Y quién se lo ha dicho a usted?

Yo lo sé de positivo.

¡Yo lo que me real!

Y me reía, porque... si la bronca se arma de verdad, ellos creerían buenamente que se iban a escapar de la sarracina, ignorando que había uno que los espiaba desde el balcón de su casa y estaba dispuesto a negarle la salida.

¡Qué chasco se hubieran llevado! Desgraciadamente los sucesos no han sido otra cosa que una mala imitación a cargo de cuatro chiquillos.

Pero... si las personas formales se meten de hoz y de coz en el guisado, los jesuitas salen por la borda a pescar camarones.

Un chico del Instituto,

a un compañero muy zote

dijo en tono resolutivo:

—¡Anda allá, que eres más bruto

que don Magín Sabote!

Yo la disputa escuché,

y aunque no metme en ná,

gravemente medicé,

y a mis solas murmuré:

—¡Jesús, qué bruto será!

La prensa de Madrid viene hablando del movimiento de las mercaderías, de la cuestión del catastro y de la repoblación de los montes.

Weyler, con su sable victorioso, ha cortado la inspiración periodística en un decir Jesús.

Por eso me río yo cuando hablan del poder de la prensa.

¡Poder, poder... y no puede ni con un sable!

Y eso que decía Victor Hugo que la pluma vencería a la espada.

—Pero él, al hablar de pluma, miraba a la suya.

¡Ah, ya!

Reunidos los directores de la prensa madrileña, en principio han acordado dejar las máquinas quietas. Conflicto morrocotudo si el acuerdo a cabo llevan...

—Oiga usted, el año veinte no había más que la guerra, y vivían los españoles...

—Bueno, pero tenga en cuenta que el año veinte ha pasado, y hoy las cosas son más nuevas, y más raras, y más dignas, y ante todo más expuestas.

El Liberal de Sevilla de hoy publica el retrato de D. Fernando de Checa, alcalde de Sevilla; y es claro que, al publicar su retrato, no va a decir de él nada que pueda mortificarle.

Ya estamos en el secreto de estos laudes. Pero vamos a lo que dice:

«Los que conocen al Sr. Checa dicen que, al par de funcionario atento y presto siempre a oír todo linaje de quejas y reclamaciones, es hombre algo débil, fácil a la sugestión de la súplica, por lo que a veces, órdenes severas y justas dictadas por él, las deja incumplidas.»

Efectivamente: cuando la Academia de Medicina de Sevilla interesó en forma cortés que el Ayuntamiento, ó sea su alcalde, le proporcionara cuatro sillones y tres colgaduras para honrar en un acto público al eminente cirujano, fundador de dicha escuela, D. Federico Rubio, el Sr. Checa, que *deja incumplidas las órdenes más severas*, en aquella ocasión mantuvo la negativa con la mayor rigidez, apesar de ser blanco de todas las censuras.

De modo que... áteme usted esos elogios por donde pueda, que ya verá cómo no logra echarles un nudo.

Y sigue diciendo el colega:

«Delo que no puede dudarse es de su amor a Sevilla.»

Bueno; ¡puede que ahora se la haya echado por novial!

Yo, si fuera Sevilla, no le hacía caso.

¡Ha tenido muchas novias!

Y concluye:

«Conservador ó liberal, radical ó retrogrado, alcalde ó particular, el Sr. Checa es y será siempre un sevillano de corazón, amante de su ciudad y de sus glorias.»

Todo en este chico es amor, amor inmaculado, amor de Purísima Concepción.

Ama a Sevilla, ama a su ciudad, ama a las glorias de la ciudad...

Y últimamente, amará con todo su corazón a El Liberal sevillano por sus zincografía y biografía tan amantes.

Mi enhorabuena al Sr. Checa por los 18,113 retratos que le han hecho para que el mundo se entere que tenemos un alcalde con barbita y no mal parecido.

¡Uyuyuy!...

De un colega local:

«Ha sido declarado cesante el inspector de policía Sr. Igea.

El jefe de orden público se ha dado de baja en el servicio por enfermedad.

Con tal motivo, queda la fuerza a las únicas órdenes del gobernador.

Este, según nos aseguraba anoche persona que debe saberlo, permanecerá al frente de esta provincia hasta el día 24 próximo, a menos de que antes surja un cambio de ministerio.

Anoche era objeto de todas las conversaciones el rumor relativo al acuerdo tomado por los socios del Casino Sevillano de no invitar al Sr. Muñiz a ninguna de las fiestas que se celebran en dicho centro.»

Caballeros, yo creo que sería más digno que nos pusieramos de acuerdo y nos fuéramos, armados de escobas y escobones, hacia el Gobierno civil.

Le decimos a la guardia civil que se quite de enmedio y que nos deje entrar, damos un barrido y... nos quedamos a oscuras de Muñiz.

Yo sé quién paga las escobas.

La dueña de esa casa de la calle Monsalves, de la que tanto hablan los periódicos, y los que no son periódicos.

De un retrato a vuela pluma del rey Milano que hace Gómez Carrillo en El Liberal de Madrid:

«Milano, mientras le hacían su nido, fué a dar un paseo por Monte Carlo. Al volver un mes más tarde, notó, no sin asombro, que había perdido toda su fortuna en la ruleta. Su hijo le adelantó dos millones sobre su pensión de real cesantía. Poco duraron estos nuevos dineros.

Seis meses después, en efecto, principió la vida de atormentado del gran boulevardier generoso, vicioso, desdeñoso; incapaz de contar, de calcular, de guardar; ávido de placeres, jugador como los naipes, voluptuoso como un bajá, y vinieron los reales sablazos á los banqueros, los reales apuros, los reales escándalos, la corona de los Obrenovitz en la casa de empeño, la firma de su hijo falsificada, las letras de cambio contra la reina Natalia, las amenazas de volver á su patria si no le enviaban dinero, mucho dinero.

Reales sablazos, reales apuros, reales escándalos.

Pues... señor, sin duda alguna:
Ese real rey fué un real granuja.
Con real perdón de su real descendencia.

CARRASQUILLA.

LA LEY MARCIAL

Al toque de clarines, al son de trompetas y tambores, se ha declarado el estado de guerra en Madrid, precisamente en los momentos mismos en que el idilio casi celestial de que habla Dato en la residencia veraniega, es consagrado por la Iglesia, oficiando el primado de España, entre el incienso y los salmos rituales, y una corte de lucidos personajes, ostentando las galas del servicio y del favor.

Los flamantes uniformes de los húsares de todos colores que recorren las calles de la villa madrileña, el ruido de los carros de la artillería, la marcha acompasada de la infantería, los ayudantes comunicando órdenes, todo el aparato guerrero de una plaza amenazada por enemigo de fuera, por gente extraña que parece amenazar nuestra integridad ó avanza presurosa, hollando con su planta el suelo sagrado y venerado de la Patria.

Pero, no, no es esto; el ejército marcha mirando al pueblo de soslayo, que permanece mudo y silencioso, observando los movimientos militares y mirando con mal reprimida ira cómo sirven de custodia á los que acuden presurosos á la regia ceremonia.

Estos mismos soldados, hijos de la patria; esos mismos oficiales y jefes y generales que patrullan, dan y reciben órdenes, verifican movimientos y están atentos al primer toque de corneta para cargar contra las multitudes, en que se suman probablemente sus padres, sus hermanos, sus hijos, sus amigos, todos sus afectos, sus conciudadanos, que contribuyen y pagan para su sostenimiento son aquellos que volvieron tristes y llenos de amargura de nuestras guerras coloniales y de nuestra inicua lucha con el extranjero que nos arrebató las colonias, sin haber podido medir con él su valor, ni haber tenido la honra de luchar por la Patria, ni ofrecerla el sacrificio de su sangre.

¡Qué triste es el destino!

¡Qué recuerdos tan amargos para nuestro disciplinado ejército, cuando en las calles, á pie firme, espera el momento en que la disciplina le mande cargar contra los ciudadanos españoles! Qué no dispansen—que no han apelado á la violencia—y que, como ese mismo ejército, cuando combatía contra los carlistas, grite en las calles: —¡Viva la libertad!

Los ministros se declararon impotentes para conjurar el conflicto, y han requerido el auxilio de la fuerza armada para restablecer el orden público, que nadie ha perturbado. Pero la suerte está echada, y ante la actitud de un pueblo entero, de poco sirven, no los regimientos que patrullan, sino todo el ejército alemán; porque son los diez mil ayuntamientos de España, son los diez y nueve millones de españoles los que gritan—¡Viva la libertad!—y contra éstos, ley marcial, medidas excepcionales, estado de guerra, todo cuanto de extraordinario y dictatorial se invente, no servirá más que para colocar al país en abierta resistencia.

No negamos que en algunos puntos se restablezca materialmente la paz; pero son muchos los materiales acumulados, y el divorcio se ha sellado con sangre en ciudades importantísimas, la semilla fructificará, y el rescoldo de las cenizas se convertirá en llama, y la llama en incendio, y el incendio en imponente hoguera, que se extenderá por las ciudades y los campos, y arrasará y destruirá todo lo que se oponga á su paso.

La ley marcial es la paz del momento, pero es acicate de guerra para el día siguiente.

A. A.

Páginas para las damas

LA LISONJA

Así como para el cuerpo existen agentes de mortalidad tan sutiles que apenas pueden des-

cubrirlos los análisis más pacientísimos de la Medicina, del mismo modo hay para el alma venenos que se infiltran dulcemente y hacen estragos en ese mundo moral, donde se agitan con portentosa actividad los sentimientos. No siempre la mujer, cuya innata bondad la pone á la defensiva de múltiples tentaciones, se deja influir por lo nocivo y vituperable; su instinto claro y sereno, muchas veces la defiende de peligros encubiertos, preparados para que naufraguen las más altivas virtudes; sin embargo, es ley humana que toda naturaleza tenga su lado flaco, y el lado verdaderamente vulnerable de la mujer es aquel sendero misterioso que va recto al corazón, y por el cual se introduce la lisonja.

Pocas, muy pocas mujeres se muestran superiores á los encantos y peligros que la lisonja entraña. ¡Penetra tan dulcemente! ¡Oculta con tanto cuidado entre las flores de la vanidad los extragos que realiza! Reviste formas tan seductoras, que las crédulas hijas de Eva, engañadas por una falsa apariencia de ingenuidad, caen casi siempre en sus pérfidas redes.

En parte nos explicamos esta debilidad femenina, recordando que la mujer, según las costumbres sociales establecidas, antes aprende á herosearse, que á instruirse, y desde muy niña adquiere la equivocada idea de que, para agradar al hombre, importa mucho más que todo la belleza física. Culpemos, pues, á la sociedad, no á la mujer, de los perniciosos estragos que causa la lisonja. El hombre que en lamentable acuerdo dedica la sutileza de su ingenio á la seducción, cuenta, para interesar profundamente á la mujer, con el auxilio incondicional de la lisonja; porque, no cabe dudar, sin la lisonja, que halaga la vanidad, infinitas flechas de las que dispara el dios alado no darían en el blanco. Y no sólo lisonjea la seducción, artera y dañina; en detrimento de más nobles y sinceros afectos, se acogen á la lisonja el amigo ambicioso y calculista, el pariente que anhela por medio de un mentido cariño la seguridad de explotar nuestra vanidad, y cuantos aspiran á servir de nosotros, aun aquellos que, amándonos de veras, suponen que no corresponderemos con igual intensidad á su afecto si no es interesándonos por medio de la lisonja y la adulación, incienso que elevan de continuo ante el altar de nuestras efectivas ó pretendidas cualidades.

En los círculos donde se mueve la sociedad más escogida y culta es forzoso convenir que reinaría mejor la satisfacción, y aun la confianza, si de ellos se desterrara la lisonja, ese veneno social que, en poco ó en mucho, á todas nos daña. Partidarias de analizar sentimientos y tendencias, para entresacar de las mismas deducciones provechosas, analizaremos en breves párrafos cuanto distingue á la lisonja para aprender á despreciarla siempre, ó, por lo menos, á mirarla con la indiferencia que debe experimentar toda inteligencia serena, por cuanto no sale del corazón y envuelve el germen del disimulo. Si una mujer es bella no lo será más porque la lisonja murmure de continuo esa seguridad en sus oídos; si es buena, no por linsojear su bondad alcanzarán mayor esplendor sus virtudes. Precisamente las bellezas morales son tan delicadas y púdicas, que huyen de mostrarse á plena luz y de ser objeto de una publicidad mortificante. No es necesario, no, queridas lectoras más, que se murmuren conceptos halagadores á nuestros oídos, para que los demás, y nosotros mismos, nos tengamos mayor admiración. La lisonja, sentemos la base firmísima y real de que nada de más nos otorga; con ella y sin ella valemos lo mismo, quizá más, sin sus falsos resplandores.

Harto se ha dicho en todos los tonos que la mujer es débil, crédula y niña siempre, con esa eterna infancia que se nutre de las ingenuidades y confianzas, hijas de escaso desarrollo intelectual, fuerza es demostrar que se equivocan los que así nos juzgan, por lo mismo que, quien tiene á su cargo la dicha humana, y hasta es eficaz impulsor del progreso, atesora dentro de sus adorables ingenuidades sutileza de espíritu y cordura suficientes para saber distinguir, entre lo real y lo ficticio, lo serio y lo frívolo. La lisonja no es seria ni digna; por eso casi nunca la vemos en los labios del hombre sincero y grave; éste, si admira á una mujer, eleva á su ídolo un altar dentro del alma, pero no vulgariza lo que en ella estima de más santo, sujetándolo á las trivialidades de expresión, que fueron siempre patrimonio de la lisonja.

Antes que la palabra envidiosa, que el concepto halagador, que la galantería friamente rebuscada en los rincones de la inventiva, juzguémosnos satisfechos de la admiración sincera que centellea una mirada húmeda de ternura. La lisonja nunca tendrá tan bella y conmovedora elocuencia, jamás podrá eviden-

ciar tan noble naturaleza. Para expresar ciertos sentimientos que se agitan en el alma, todos los idiomas resultan pobres y mezquinos; cuando se siente mucho, no lo olvidéis adorables lectoras, la lengua es perezosa y torpe, para emitir conceptos, tal vez porque, poseída de sus tristes deficiencias, encarga á los ojos la expresión viva y deslumbradora de sus más íntimas emociones.

Como regla general, y aplicando al amor cuanto de más perjudicial para la mujer tenga la lisonja, basta decir que no nos ama más el hombre que con mayor elocuencia describe sus sentimientos y nos lisonjea, no, la pasión verdadera no detalla, engloba, por decirlo así, las perfecciones del objeto amado, y las adora casi siempre en el silencio y el misterio. Cuando una mujer es amada así, puede considerarse dichosa. El galanteador de oficio, el Tenorio de afición, expresa mucho, precisamente porque siente poco, y á todas las mujeres aplica el mismo vocabulario en el cual la lisonja entra en concepto de principalísimo elemento, siendo así que tiene la plena conciencia de que la lisonja es la puerta falsa por donde penetra rápidamente y con sigilo el campeón destinado á atacar las virtudes femeninas.

Cuando la mujer, en fuerza de cultivar su inteligencia, vea claro en ciertas esferas hoy nebulosas, no concederá ninguna importancia á la lisonja, y entonces la seducción habrá perdido su arma más certera. Sin la lisonja, se registrarán menos desengaños de amor, en los que la mujer es víctima expiatoria; sin la lisonja, ciertas insípidas jactancias masculinas carecerán de base en que apoyarse y, finalmente, también, sin ella, la sociedad en general, bajo cualquier aspecto que se analicen las relaciones de sus individuos entre sí, habrá mejorado mucho en costumbres y virtudes.

Tendiendo, como tendemos todo, al perfeccionamiento por intuición y por voluntad, es fuerza que la mujer se fije en este constante peligro de la lisonja, que la solicita y la acecha, y proveyéndose del arma de la indiferencia para combatirla, dará un paso trascendental, importantísimo en el camino del progreso, honrándose propia, y demostrando al par, á sí que, como todo individuo de la especie humana, penetrado de responsabilidades y deberes, sabe descartar de la esfera en que se deslizan sus días lo pernicioso de lo saludable, dando á cada afecto noble su digna recompensa, y á cada vicio ó imperfección su merecido, con sólo recurrir á la clara luz de su inteligencia, ansiosa siempre de esparcirse en los horizontes espléndidos de la verdad y del bien.

JOSEFINA PUJOL DE COLLADO.

Madrid.

De actualidad

DE LA PENÍNSULA

Azcárraga ha confirmado que la cuestión de confianza se planteará el 20.

La Unión gremial de Barcelona ha acordado pedir al Gobierno que suprima las asociaciones constituidas fuera de la ley.

En Alicante verificóse anoche banquete en honor de Echegaray.

Pronunciáronse brindis entusiastas. Echegaray dedicó un recuerdo sentidísimo á Campoamor, á Rafael Calvo y al padre de María Guerrero.

El Alcalde anunció que se le nombrará hijo predilecto, y se dará el nombre de Echegaray á una calle.

Weyler comunicó á Azcárraga que reinaba tranquilidad.

Según despacho oficial, en Granada la fuerza hizo una descarga al aire, y disolvió un grupo.

—En Valencia los grupos fueron disueltos.

Mac Person y otros socios han adquirido varias minas de distintas regiones.

Han constituido una sociedad anónima, *El Pilar*, domiciliada en Cádiz, bajo la gerencia de Mac Person.

Este marchó á Peñarroya, acompañado de un ingeniero, á organizar los trabajos.

Ha sido suspendida la publicación de *El Día*.

En casa de Mochales almorzaron hoy varios tetuanistas.

Asistieron, entre otros, Tetuán y Castellano, y hablaron de política, considerando difícil la vuelta de Silvela.

— En el salón de conferencias circuló, con re-

ferencia á un ministro, la noticia de que la crisis será después del 20, y se encargará Silvela de la presidencia, pasando Vadillo á Gobernación.

— A invitación de Canalejas, reuniéronse en la redacción del *Heraldo* los directores de *El Liberal* y *El Imparcial*, y trataron de la conveniencia de suspender dichas publicaciones durante el estado de guerra.

— Conviniéron en reunirse mañana por la tarde, convocando á todos los directores de periódicos.

— Según telegramas de El Ferrol, ha terminado la sumaria del *Carlos V*, y resulta responsable.

— Ingresó en las prisiones militares el presidente de la sociedad de cocheros de Madrid.

— Los ministros se reunirán diariamente, para cambiar impresiones hasta la resolución de la crisis.

— Insistese sobre que en la próxima semana se levantará el estado de guerra en Madrid.

— En Barcelona cayó copiosa nevada.

— En el puerto de Valencia ha habido colisiones entre los cargadores huelguistas y los esquirols.

— La benemérita disolviólos. Tomáronse precauciones.

— El juzgado militar ha detenido á Lerroux, director del *Progreso*.

— Visitó también á *El País* para pedir la lista de redactores.

— El *Heraldo* publica las declaraciones de Weyler.

— Ha dicho que lamenta la anomalía cumplirá sus deberes y permitirá el libre ejercicio de la política de juzgar al gobierno y los partidos.

— Garantizará el orden y las instituciones restablecerá la normalidad.

— Ha suspendido á *El Día*, encausado el director del *Progreso* y cerrada la imprenta, porque no se presentaron á la censura.

— Procurará la rapidez en la censura y oír las quejas.

— Pasado Carnaval convocará á los directores de periódicos y publicará un bando para suprimir la previa censura, dejando al criterio de la prensa el enviarle los originales.

— Un telegrama oficial de Granada dice que anoche resultaron dos guardias civiles y un paisano heridos.

— Uno de éstos falleció hoy.

— Fueron apedreados varios felatos.

— Dió cargas la policía, resultando heridos contusos.

DEL EXTRANJERO

— En Londres, con el ceremonial anunciado verificóse la apertura del Parlamento.

— El discurso de la Corona dice que los boers deben someterse por su propio interés.

— Anuncia el aumento del presupuesto de Guerra y Marina y la revisión de la lista civil.

— Dicen de Londres que en la Cámara de los Comunes, hablando el diputado Fosters de la guerra del Transvaal, los nacionalistas aclamaron al boer Dewet.

— De Roma telegrafían que el rey aprobó el nuevo ministerio.

— En Moscú ha habido desórdenes, promovidos por los estudiantes.

— Obstruccionan éstos la asistencia á las clases. Abrióronse procesos.

— En Buenos Aires prodújose incendio en los almacenes de la Compañía Hispano-Argentina, originado por cartuchos de pólvora.

— Quedaron destruidos.

— Pasan de 20 los heridos.

— Elegido presidente del Senado del Uruguay D. Juan Carlos, afiliado al partido de Blanco.

— La emperatriz Federico está gravísima. Al rey Eduardo espérase en Berlín el domingo.

— Waldeerse ha enviado un ultimatum á la corte de China.

— Témesela ruptura de hostilidades.

— El Parlamento alemán aprobó un bill de confianza al Gobierno por la campaña de China.

— Telegramas de Londres dicen que se resolverá la cuestión religiosa en sentido contrario á la tolerancia establecida.

— En el momento de admitir la Cámara de los Comunes á individuos de la de los Comunes, hubo tumulto espantoso.

— Apreturas, puñetazos; heridos varios representantes.

— En un nuevo combate hacia la parte de Eremels los boers tuvieron 5 muertos, 6 heridos y 10 prisioneros.

— Los ingleses un muerto y 5 heridos.